

La naturaleza política de la selva: políticas de desplazamiento forzado de pueblos indígenas durante el régimen militar en Brasil*

PAULO TAVARES**

Resumen

En los imaginarios coloniales y modernos, los pueblos indígenas de la Amazonia han sido frecuentemente definidos por categorías que hacen referencia a lo incompleto. Uno de los argumentos principales que respaldaban este punto de vista era la supuesta inexistencia de centros urbanos en el paisaje selvático, en el pasado en tanto evidencia arqueológica, como en el presente en tanto infraestructuras espaciales de gran escala. Se decía que los pueblos de la selva carecían del producto más notable de la "civilización": la ciudad. Las cartografías presentadas en este artículo desafían esta perspectiva colonial. Son parte de una investigación más amplia sobre la campaña genocida llevada a cabo contra los pueblos indígenas de la Amazonia por parte del Estado brasileño durante la dictadura militar de los años setenta y ochenta. A través de una arqueología de la violencia que se registra en mapas, documentos y el tejido botánico del bosque, esta investigación revela una imagen radicalmente diferente de la naturaleza de la Amazonia. Se mostrará que el bosque es en gran medida una construcción diseñada que resulta de las diversas formas en que las sociedades indígenas hicieron uso, manipularon y transformaron la tierra.

Palabras clave: arquitectura; desarrollo; violencia.

Fecha de recepción: 01-03-2017

Fecha de aceptación: 04-09-2017

The Political Nature of the Forest: Research Notes about the Forced Displacement Politics of Indigenous Peoples during Military Regime in Brazil

Abstract: In colonial and modern imaginaries, the indigenous peoples of Amazonia have always been defined by categories of incompleteness. One of the most conspicuous arguments supporting this view was the alleged nonexistence of urban complexes in the forest landscape, both in the ancient past, as archaeological evidence, and in the modern present, as large-scale spatial infrastructures. Supposedly constrained by the environmental conditions of the tropics, technological limitations and "subsistence economies," forest peoples thus also were said to lack that most remarkable product of "civilization": the city. The cartographies presented in this essay challenge this colonial perspective. They are part of an investigation into the genocidal campaign conducted against the indigenous peoples of Amazonia by the Brazilian State during the military dictatorship of the 1970s and 80s. Through an archaeology of the violence as it registers in maps, documents and the forest's botanic fabric, this research reveals a radically different image of the nature of Amazonia. By carefully studying these evidence we see that the forest is to a great extent an designed construction that results from the various ways indigenous societies engage, manipulate and transform the land.

Keywords: Architecture; Development; Violence.

* Traducción de Pamela Colombo.

** Arquitecto y urbanista, professor de cultura visual y paisajismo en la Universidad de Brasilia. Ha contribuido en varias publicaciones internacionales, y su trabajo se ha exhibido en la Trienal Arquitectura de Oslo y en la Bienal de Diseño de Estambul, entre otras. Fue Profesor invitado en las Universidades de Princeton y Cornell entre otras y ha sido un asiduo colaborador en el colectivo de investigación Forensic Architecture. pt@unb.br.

Introducción

En los imaginarios coloniales-modernos, los pueblos indígenas de la Amazonia han sido frecuentemente definidos por categorías que hacen referencia a lo incompleto, a la ausencia y la carencia. Sociedades sin agricultura ni sistemas de manejo de recursos; sin economías de mercado ni instituciones gubernamentales complejas; sociedades en estado de naturaleza, sociedades sin historia (Clastres, 1987; Clastres, 2010). Uno de los argumentos principales que respaldaban este punto de vista era la supuesta inexistencia de centros urbanos en el paisaje selvático. Teóricamente, estaban limitados por las condiciones ambientales de los trópicos y por las restricciones tecnológicas, se decía que los pueblos de la selva carecían del producto más notable de la "civilización": la ciudad. Se trataría entonces de sociedades no urbanas, en el sentido de que no podían desarrollar estructuras tecnológicas, espaciales, culturales y políticas que caracterizan la *polis*. Las cartografías presentadas en este artículo desafían esta perspectiva colonial. Son parte de una investigación más amplia sobre la campaña genocida llevada a cabo contra los pueblos indígenas de la Amazonia por parte del Estado brasileño durante la dictadura militar de los años setenta y ochenta. A través de una arqueología de la violencia que se registra en estos mapas, esta investigación revela una imagen radicalmente diferente de la naturaleza de la Amazonia, demostrando que el bosque es en gran medida una construcción diseñada que resulta de las diversas formas en que las sociedades indígenas usaron, manipularon y transformaron el paisaje.

Terra Nullius - Tabula Rasa

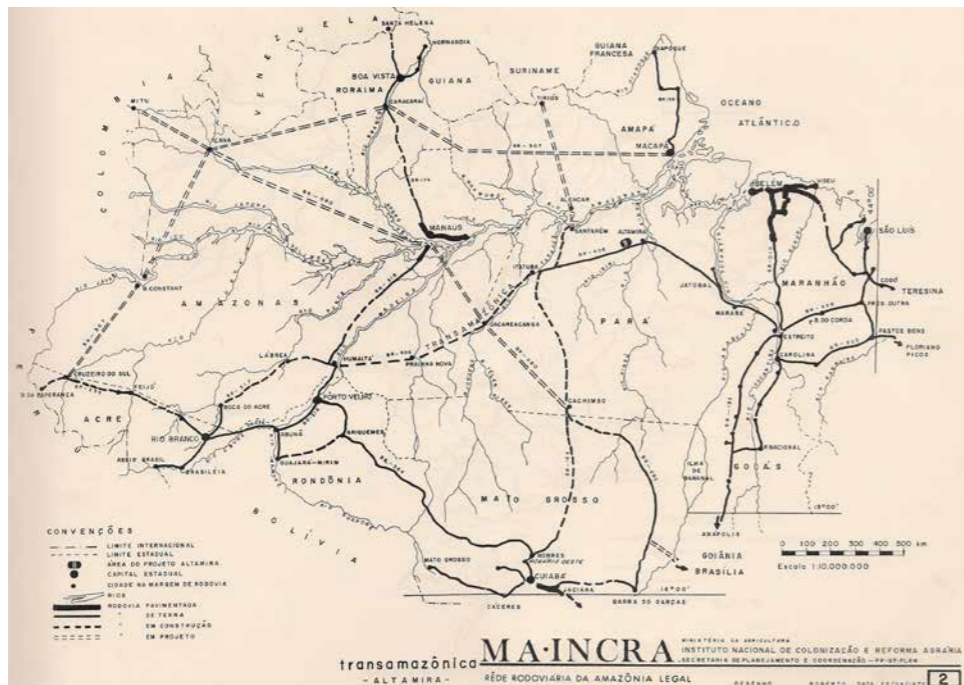
Explicando el concepto sobre el que se apoya el diseño del plan maestro de Brasilia, la capital modernista de Brasil construida desde cero a finales de la década de 1950 en las mesetas del Interior, el urbanista Lúcio Costa escribió: "La ciudad nació del gesto primario de alguien que marcó o tomó posesión de un lugar, dos ejes que cruzan en un ángulo recto, el signo de la cruz" (Costa, 1957: s/p). Recién a principios de los años setenta, cuando Brasil estaba bajo una dictadura militar, Brasilia se convirtió en el centro *de facto* del poder político nacional. Para entonces, el programa colonial (tanto su aspecto simbólico como funcional) encarnado en el diseño modernista de la ciudad –una cruz urbana que demarcaba la conquista de un territorio– se expandía rápidamente hacia las profundidades de la Amazonia.

Al igual que sus predecesores coloniales, los estrategas y planificadores modernos definieron la Amazonia como un espacio vacío que se caracterizaba por una carencia crónica: vacío demográfico, subdesarrollo tecnológico, estancamiento económico, aislamiento territorial. En el libro *Geopolitics of Brazil* (1967), el general Golbery do Couto e Silva, el autor intelectual más influyente de la Doctrina de Seguridad Nacional, describió la Amazonia como una "isla" gigante flotando al margen de la sociedad nacional y fuera de la geometría del Estado (Silva, 1967). Esta perspectiva neocolonial llevó a la dictadura militar (1964-1985) a diseñar una estrategia de larga escala para "ocupar e integrar" la Amazonia, que Golbery des-



Fuente: Cortesía del Archivo Público del Distrito Federal, Brasília

Fronteras modernas coloniales. El punto cero de Brasília, aproximadamente 1957. “[Esta ciudad] nació del gesto primario de quien marca o toma posesión de un lugar: dos ejes que se cruzan en ángulo recto, el mismo signo de la cruz”, escribió el urbanista Lucio Costa sobre su diseño conceptual para la capital modernista de Brasil. En las fronteras del Tercer Mundo, la modernización y el colonialismo se hicieron prácticamente sinónimos. La arquitectura modernista fue uno de los avatares más poderosos de este imaginario colonial. Fotografía de Mario Fontenelle



Fuente: Manchete Magazine, 1973

Diseño Territorial. Mapa del Plan de Integración Nacional, Instituto de Reforma Agraria y Colonización (INCRA), 1971. Sobre el terreno, la “maniobra geopolítica” del General Golbery se tradujo en una matriz de carreteras de proporciones continentales que interconectan una serie de “polos de desarrollo”. Los polos fueron concebidos como enclaves modernizadores equipados con una serie de infraestructuras (represas, ferrocarriles, aeropuertos, puertos marítimos, etc.) para dar cabida a operaciones de extracción de recursos a gran escala. Las carreteras debían operar como canales a través de los cuales las fronteras agrícolas se expandirían hacia el interior, así como las rutas para la migración masiva de mano de obra para poblar y colonizar el bosque. También en la imagen, una de las líneas punteadas, figura la infame autopista transamazónica en construcción

cribió como una “maniobra geopolítica para la integración del territorio nacional”. Esta estrategia se tradujo en una serie de experimentos radicales de planificación espacial que fueron desplegados como si los extremadamente diversos y complejos sistemas socio-ambientales de la selva pudieran planificarse y modificarse en su conjunto: una *terra nullius* o *tabula rasa* homogeneizada para ser domesticada racionalmente, colonizada y rediseñada. Con la ayuda de sofisticadas tecnologías de cartografía desarrolladas por el complejo militar-industrial de la Guerra Fría, la selva fue concebida y visualizada como un terreno de recursos ilimitados y abierto para la explotación capitalista, en el que se proyectaría e implementaría una serie de imaginarios cartográficos, discursos gubernamentales y estrategias espaciales. Sin embargo, este proceso provocó cambios dramáticos y violentos tanto en el paisaje natural como en el social al interior de la Amazonia.

Políticas del borramiento

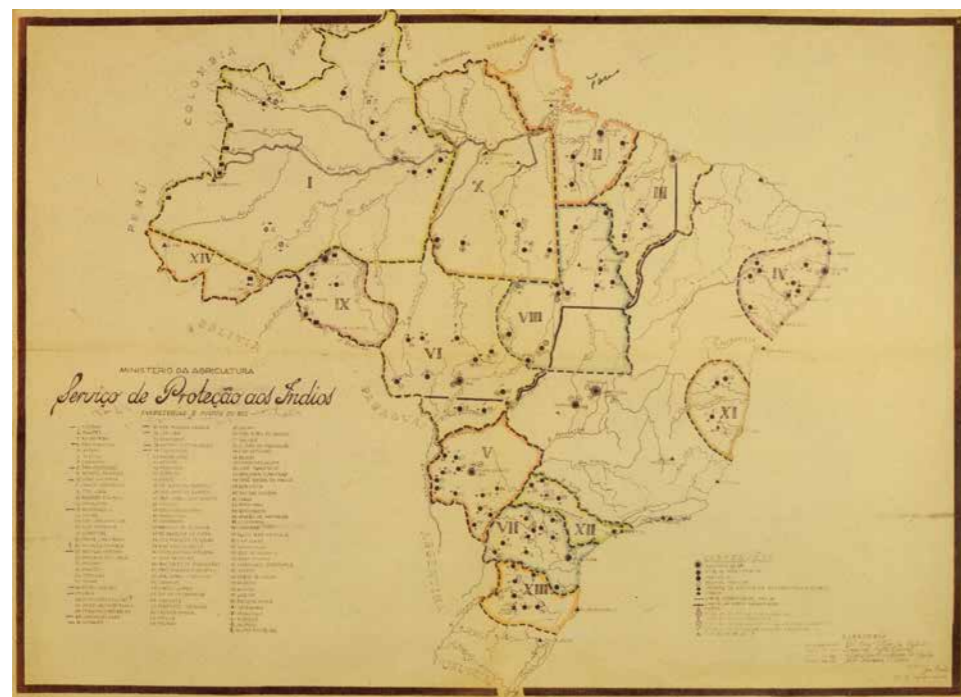
Para llevar a cabo ese plan, el gobierno militar buscó “pacificar” a las comunidades indígenas cuyos territorios estaban ubicados en zonas estratégicas designadas para llevar a cabo proyectos de desarrollo como ciudades, minas, represas, plantaciones y granjas de ganado. Mientras las políticas estatales dirigidas a los pueblos indígenas se alineaban con la doctrina de la Seguridad Nacional, las campañas de “pacificación” se militarizaron cada vez más, agravando así la violencia estructural contra la población amerindia que forma parte de la historia colonial y moderna de Brasil. Como se documentó en el informe final de la Comissão Nacional da Verdade, una comisión de la verdad establecida en Brasil en 2012 para investigar las graves violaciones de derechos humanos perpetradas por agentes del Estado durante el régimen militar, la “pacificación” incluyó desalojos y traslados forzados, expropiaciones sistemáticas de tierras, masacres, detenciones arbitrarias, tortura y represión de la actividad política. Estas acciones se combinaron con una ecología letal que causó el despojo masivo y el desplazamiento, llevando a reducciones demográficas severas, desintegración cultural y casi al exterminio y desaparición de grupos nativos enteros. Cuando todas estas acciones se ven en conjunto, como en un mapa, se dibujan los contornos de una estrategia más amplia para “producir vacíos demográficos”. Las formas múltiples y enredadas de violencia y las violaciones de los derechos por las que se llevó a cabo esta estrategia sobre el terreno, no son “ni esporádicas ni accidentales, [sino] sistemáticas”, concluye el informe, “en la medida en que resultan directamente de políticas estatales estructurales”, e “incluso cuando se dirigen a personas, se enfocan en un pueblo como un todo y en tanto tal” (Comissão Nacional da Verdade, 2014: 198-217).

La percepción colonial de que el interior de la selva constituía una vasta *terra nullius* escasamente poblada por tribus primitivas se tradujo en una política oficial del Estado destinada a generar vacíos territoriales, *de jure* y *de facto*, es decir, por ley y en el territorio; con el objetivo de eliminar la existencia de los pueblos indígenas como sujeto de derechos y como pueblo. “Con el fin de liberar la tierra para la colonización y la construcción de proyectos de infraestructura, [esta política] condujo no solo a intentos formales de negar la existencia de ciertos pueblos indígenas en determinadas regiones, sino también a los medios para hacer realidad esta desaparición” (Comissão Nacional da Verdade, 2014: 205).



Fuente: cortesía del Archivo Municipal SINOP

Terra Nullius - Tabula Rasa. La ciudad de SINOP, uno de los principales “polos de desarrollo” diseñados por el régimen militar, hoy en día el centro logístico-urbano del complejo de plantación de soja en el sur de la Amazonia, en una etapa temprana de construcción a principios de los años setenta

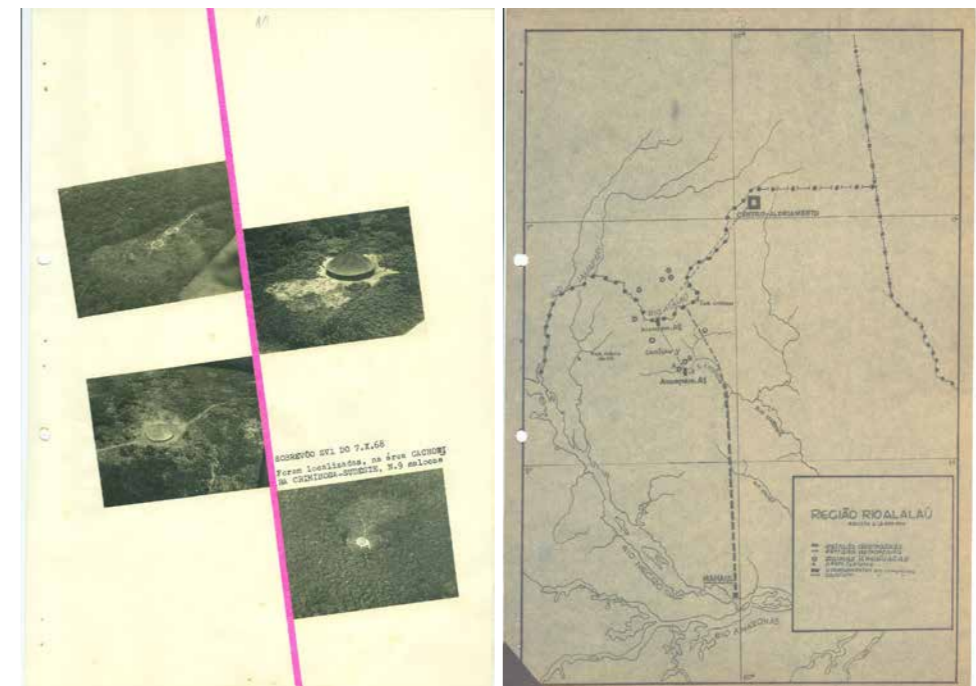


Fuente: cortesía del Museu do Índio, Rio de Janeiro

Pacificación. 1946 mapa de la red de puestos y bases del Servicio para la Protección del Indígena (SPI), la agencia estatal creada en 1910 para llevar a cabo la “pacificación” de las poblaciones indígenas. A finales de los años sesenta, cuando Brasil estaba bajo dictadura militar, había más de 100 puestos de avanzada de la SPI (ahora llamada FUNAI, Fundación Nacional Indígena), distribuidos en todo el territorio brasileño. Inicialmente sirviendo como centros para contactar y atraer a grupos indígenas dispersos, estos campamentos se convirtieron posteriormente en colonias agrícolas comandadas por oficiales del Estado. El SPI / FUNAI actualizó formas de tutela política y control territorial originadas en la administración colonial. La agencia empleó una estrategia similar al método de *descimientos* o *reducciones*, que consistía en transferir y concentrar las comunidades dispersas en aldeas centralizadas, facilitando así el gobierno de los nativos y la ocupación de sus tierras

Las aldeas desaparecidas

Una de las operaciones más largas y violentas de estas “política del borramiento” se desplegó contra el pueblo *Waimiri Atroari*, un grupo caribe de la Amazonia central. Su tierra, una región rica en depósitos minerales, fue mapeada como un “polo de desarrollo” clave dentro de la estrategia general de ocupación de frontera. A fines de los años sesenta, después de siglos de enfrentamientos violentos e intentos fallidos de colonizar este territorio, el gobierno creó el “Frente de Atracción Waimiri Atroari” (FAWA), una operación de pacificación dirigida a frenar la resistencia indígena y relocalizar a la población para hacer lugar para construir autopistas, la mega-represa de Balbina, enclaves mineros y proyectos agrícolas. Durante las dos décadas siguientes, la FAWA llevó a cabo una amplia campaña de extracciones forzadas y transferencias, desplazando a los Waimiri Atroari de sus aldeas tradicionales y confinándolos en asentamientos controlados por el Estado. Más de 2.000 indios fueron asesinados durante el proceso de pacificación, ya sea a través de acciones directas de las fuerzas estatales y milicias privadas o de masacres y ataques químicos aéreos, e, indirectamente, por enfermedades traídas por soldados, trabajadores y colonos. Esto causó la aniquilación del 90% de la población indígena y la destrucción de un número desconocido de aldeas, lo que llevó a transformaciones dramáticas en el territorio Waimiri Atroari y el exterminio casi total de sus modos de vida y sus maneras de habitar (Comissão Nacional da Verdade, 2014: 205).



Fuente: cortesía de FUNAI

Atracción Frente. Páginas extraídas del “Proyecto de Pacificación de los Waimiri Atroari” elaborado en 1968. Varias aldeas fueron mapeadas por vuelos de reconocimiento. El mapa muestra la estrategia para dislocar los grupos de Waimiri Atroari fuera de la ruta de la carretera BR-174. Un puesto de avanzada situado en los márgenes de los ríos Alalau y Abonari funcionó para contactar y atraer a la población indígena que más tarde sería trasladada a un asentamiento más grande controlado por el Estado

Rigurosamente geométrica, la arquitectura de los pueblos Waimiri Atroari consta tradicionalmente de una única casa comunal construida en una forma circular de aproximadamente 18 a 50 metros de ancho, que se encuentra dentro de una gran plaza elipsoide rodeada de jardines frutales, árboles de nueces y pequeños campos de agricultura de quema y roza. A medida que los claros de la selva se expanden alrededor del núcleo central, el pueblo es gradualmente rodeado por otro anillo que puede extenderse por más de 300 metros de ancho. “Mydy taha” o “casa grande”, el término usado por los Waimiri Atroari para referirse a sus aldeas, designa todo este complejo, abarcando la estructura residencial, la plaza, los jardines y los pequeños campos de agricultura de quema y roza adyacentes. Antes del proceso de reasentamiento, esta célula socio-espacial básica era altamente móvil. Estas aldeas eran periódicamente abandonadas y reconstruidas en otra parte, realizando un movimiento constante a través del paisaje del bosque. Los campos de agricultura de quema y roza tienden a reatraer presas y concentrar especies de árboles frutales y plantas medicinales, por lo que las aldeas abandonadas continuaron siendo utilizadas durante muchos años. Los estudios arqueológicos también demuestran que los nuevos asentamientos probablemente se localizaron en áreas que ya habían sido habitadas en el pasado, las cuales son generalmente identificables por la presencia de suelos antropogénicos altamente fértiles conocidos como tierras oscuras (Miliken *et al.*, 1992).

Distribuidas a lo largo de márgenes de ríos y arroyos, las redes de pueblos autónomos formaban agrupaciones regionales organizadas en un sistema territorial más amplio interconectado por varias rutas, que los Waimiri Atroari llaman “umá”. Aunque relativamente distantes entre sí y políticamente independientes, las aldeas se integraron social y espacialmente a través de interacciones culturales e intercambios materiales, haciendo del Waimiri Atroari un territorio muy dinámico y poblado, sostenido por una amplia, intrincada y bien definida infraestructura de tierra y comunicaciones fluviales.

Asumir que esta extensa infraestructura territorial podría haber desaparecido completamente sin dejar ruinas sería un acto más de borramiento de la agencia socio-histórica de los pueblos indígenas, perpetrando y perpetuando la política genocida de la dictadura militar por otros medios.¹ Tal suposición solo reafirmaría la ideología colonial según la cual la Amazonia habría sido un territorio vacío y dominado por una naturaleza suntuosa y prístina y poblado por pequeñas tribus de salvajes cuyos modos de relacionarse con el medio ambiente estaban tan subdesarrollados que no habrían producido modificaciones significativas en el territorio, y consecuentemente no habrían dejado signos evidentes en el paisaje. En otras palabras, en la medida en que las tecnologías indígenas y las prácticas espaciales son consideradas incapaces de transformar y rediseñar la tierra, no hay un “registro arquitectónico” que dé testimonio de la destrucción masiva del territorio Waimiri Atroari. Pero ¿cómo

.....
 1 Sobre el concepto de ruina y las discusiones recientes sobre la materia, ver: Edensor, Tim. 2005. *Industrial Ruins. space, aesthetics and materiality*. Berg: New York; Olsen, Bjornar. 2010. *In Defense of Things: Archeology and the Ontology of Objects*. Lanham: Altamira Press; Stoler, Ann. 2013. “Introduction”, en Stoler, Ann (ed.). *Imperial Debris: on ruins and ruination*. Durham: Duke University Press. *Nota de los editores*.

podría haber operado la devastación en tal escala, que casi exterminó a la población Waimiri Atroari y destruyó una extensa red de asentamientos, jardines y senderos, sin dejar restos ni marcas en el terreno? ¿Cómo podrían haber desaparecido numerosos pueblos sin ninguna marca arqueológica reconocible en el territorio?

Arqueología botánica

Hay pocas evidencias materiales de la planificación y ejecución de los desalojos y masacres de los Waimiri Atroari, y no existe un mapa apropiado de la ubicación, del número o del tamaño de los pueblos que fueron destruidos o abandonados a la fuerza. Esta supuesta ausencia de evidencia material a menudo ha apoyado las afirmaciones de que, a diferencia de los opositores al régimen militar que fueron torturados y asesinados en las ciudades, las comunidades indígenas no habrían sido un blanco de estas políticas.² Sin embargo, fue en las profundidades de este territorio, en donde los Generales lanzaron una gran campaña de anexión de territorios indígenas sobre los cuales el Estado no ejercía un control total. Esas graves violaciones a los derechos humanos se perpetraron de la manera más extendida, desenfrenada y brutal, exponiendo las profundas raíces coloniales sobre las que se forjó la sociedad nacional brasileña en el siglo XX. Al mismo tiempo, la violencia colonial fue en su mayor parte invisible, subestimada y no registrada como parte del terror del gobierno dictatorial y, en el mejor de los casos, fue considerada como un daño colateral de un proceso rápido de modernización que se extendió caóticamente sobre la selva.



Agrupaciones urbanas. Los paisajes esculpidos de los campos elevados interrumpen las inundadas sabanas de la costa de la Guayana Francesa, en el norte de la Amazonia. Casi invisibles desde el suelo, estos grandes racimos agrícolas (aproximadamente 1.000 años de antigüedad) fueron descubiertos a través de las “arqueologías fotográficas” multicanal producidas por Stéphen Rostain en los años ochenta

.....
 2 Como dijo uno de los coordinadores de la comisión de la verdad brasileña a la prensa en 2012, los pueblos originarios “no se resistían en el sentido político, ya que no sabían exactamente lo que era la dictadura... de cierta manera su resistencia era ingenua, solo para preservar sus tierras... pero fueron tratados con extrema violencia” (Balza, 2012).

Confrontando esta narrativa histórica, en 2012-2013, junto con investigadores del grupo de investigación de *Arquitectura Forense*,³ conduje una investigación sobre la campaña genocida dirigida por el Estado contra los Waimiri Atroari.⁴ El objetivo principal fue identificar las ruinas de los pueblos que fueron borradas por la política de pacificación, proporcionando un análisis cartográfico de la escala y la espacialización de la violencia. Para localizar evidencias arqueológicas de la destrucción, el proyecto utilizó tecnologías de teledetección –originalmente desarrolladas para mapear el cambio climático global–, y, principalmente, metodologías diseñadas para establecer la edad del bosque que permiten a los investigadores rastrear diferencias casi imperceptibles en la estructura y composición botánica de la vegetación.

Las imágenes satelitales contemporáneas son difundidas, comúnmente, en el dominio público con “colores verdaderos”, es decir, codificadas para representar el terreno lo más cerca posible de los colores percibidos por un observador humano en contacto directo con el paisaje. Sin embargo, tales imágenes satelitales operan sobre un espacio sensorial mucho más amplio del espectro de la óptica humana y captan no solo una imagen plana de la Tierra, sino también una serie de informaciones ambientales únicamente detectables a través de la visión de la máquina. Los datos recolectados por esta visión multispectral del entorno pueden ser codificados para “mapear” características específicas en el paisaje y realizar interpretaciones detalladísimas de los procesos socio-ecológicos a medida que se registran en la cobertura terrestre y las transformaciones del suelo.

En relación con la cartografía de los bosques tropicales, los datos de las imágenes satelitales pueden traducirse a otro conjunto de imágenes que indican el brillo, el verdor y la humedad del terreno calculando variaciones en la reflexividad de la superficie, las concentraciones de vegetación fotosintéticamente activa y las condiciones de humedad del suelo. La constitución botánica y la estructura de la selva –diferencias en la configuración y densidad del follaje; las tasas variables de fotosíntesis; las relaciones entre la tipología de la vegetación, la biomasa y el drenaje del suelo– corresponden en su totalidad a patrones singulares de reflexión y absorción de ondas electromagnéticas, una información que se almacena en las propiedades espectrales de cada píxel que compone la imagen. Cuando se analiza a través de un archivo de imágenes coherente, es posible rastrear la historia espectral de los píxeles en relación con estos índices. La distribución espacial resultante de los datos mide las perturbaciones en el entorno forestal con precisión, distinguiendo la vegetación secundaria de la antigua a partir de la atribución de edades específicas a áreas del bosque. A través de esta “arqueología” de las propiedades espectrales del píxel, se puede trazar un vínculo directo entre los datos de teledetección y el ciclo de vida del bosque, identificando así la interferencia antropogénica en zonas forestales que, a primera vista, pueden aparecer como entornos naturales puros.

.....

³ Sobre el campo de la arquitectura forense, ver: Franke, A., Weizman, E., & der Welt, H. D. K. (2014). *Forensis: the architecture of public truth*. Sternberg Press; Weizman, E. (2010). *Forensic Architecture: Only the criminal can solve the crime*. Radical Philosophy. Nota de los Editores.

⁴ Ver <http://www.forensic-architecture.org> Fecha de la última consulta: agosto 2017.

Las técnicas cartográficas de datación forestal evolucionaron gracias a las investigaciones sobre el cambio climático global. Los bosques de diferentes edades albergan especies arbóreas distintas, tipos de tallos, hojas y raíces, que se traducen en cantidades variables de reservas de carbono de biomasa. Al “leer” los bosques según las fases de crecimiento, es posible visualizar y analizar cómo las variaciones en la composición botánica a través del ciclo de vida del bosque interactúan con el ciclo planetario del carbono.

Las cartografías presentadas en este estudio utilizan la misma tecnología para trazar patrones espaciales de violencia. Cuando se aplican las correlaciones de la edad forestal y las reservas de carbono en el territorio de Waimiri Atroari, revelan perturbaciones significativas en la estructura del bosque. Una serie de formaciones forestales secundarias de forma ovalada, de más de treinta años de edad, son claramente detectables, formando varios grupos de parcelas jóvenes de vegetación ubicadas en los márgenes de los principales arroyos. El tamaño de estas parcelas varía, el más ancho hasta 700 metros, mientras que algunas aglomeraciones se extienden por kilómetros y se organizan en zonas que cubren áreas mucho más grandes. Analizados en relación con la existencia de pueblos contemporáneos en el paisaje selvático, el tamaño y la forma de estas formaciones forestales secundarias, así como su singular disposición en relación con los canales del río, son notablemente consistentes con los modos pasados y presentes de habitación de los Waimiri Atroari. La distribución geográfica de los datos muestra que los parches ovalados no fueron intervenciones localizadas, sino que de hecho ocuparon vastas extensiones, trazando el mapa de un territorio complejo y densamente poblado.

La arquitectura nómada de los “mydy taha” con sus múltiples anillos de campos de agricultura de quema y roza, jardines y barbechos –el movimiento histórico de ocupación y abandono, claros y rebrotes realizados por los pueblos– dejó una huella rastreable en el paisaje, cuyo registro arqueológico puede ser identificado en la estructura botánica de la selva. Estas formaciones forestales secundarias, que comenzaron a crecer en la década de 1970 cuando la violencia era más intensa, evidencian la ubicación de aldeas que fueron destruidas o desalojadas forzosamente.

La aparente imposibilidad de encontrar restos arquitectónicos de los asentamientos Waimiri Atroari, la aparente desaparición de las ruinas de los pueblos en el bosque, requiere un cambio en los métodos de lectura del terreno y de recolección de datos ambientales. La naturaleza misma de estas ruinas es radicalmente diferente de la evidencia arqueológica tradicional. Cuando el bosque se interpreta como un recurso arqueológico en sí mismo, y cuando los patrones de distribución y composición de la vegetación viva son leídos como inscripciones de la historia social, la arquitectura de los pueblos desaparecidos por la política de pacificación aparece registrada en el tejido selvático. Su geografía demuestra que el Estado brasileño no estaba interviniendo en un territorio vacío, sino más bien, revela el plan estratégico para interrumpir, transformar y aniquilar los modos de habitar el bosque que se consideraban contradictorios al proyecto de desarrollo nacional.



Fuente: cortesía del arqueólogo Stéphen Rostain

Evidencia del terreno. Uno de los cientos de complejos de montículos artificiales que se conocen en el valle del río Upano, Amazonia ecuatoriana. Del mismo modo, los geoglifos (geoglyphs) (patrones geométricos urbanos) solo se podían identificar después de que el bosque fuera despejado

La evidencia botánica del genocidio también descubre una imagen de la Amazonia que se opone radicalmente a la ideología colonial promovida por el régimen militar, según la cual el bosque era un territorio primitivo, despoblado y subdesarrollado. Este edificio ideológico fue heredado de las descripciones evolucionistas que situaban la Amazonia como un entorno natural y prístino habitado por colectivos que eran incapaces de transformar el paisaje. Contrariando esta narrativa, los mapas revelan marcas claras de un medioambiente altamente manipulado. La violenta reconfiguración de esta arquitectura socio-ecológica fue el medio a partir del cual el Estado asumió un control más estricto sobre el territorio Waimiri Atroari. A pesar de la ausencia de otras posibles formas de evidencia, la historia de la violencia y sus víctimas sobrevive en la memoria de las selvas vivas de la Amazonia.

La naturaleza diseñada de la selva

La capacidad de esta técnica arqueológica de teledetección para investigar el pasado del bosque está limitada por el alcance mismo de las imágenes satelitales de archivo, que comenzaron a ser más consistente recién después del desarrollo de los primeros escáneres multiespectrales a principios de los años setenta. Por lo tanto, la máxima “profundidad de excavación” que se puede alcanzar a través de estas técnicas basadas en imágenes se limita a las últimas décadas del siglo XX. Si se pudiera superar este impedimento, el patrón geográfico de formaciones forestales secundarias en el territorio de Waimiri Atroari probablemente sería mucho más extenso y denso, haciendo visible un historial más largo de intervenciones antropogénicas en la estructura botánica del bosque engendrado por el ciclo perenne de ocupación y abandono de una

multitud de pueblos indígenas. Siguiendo a la inversa la trayectoria colonial de la experiencia demográfica de los Waimiri Atroari, cuanto más lejos pudiéramos observar el pasado de estos bosques, más compleja y extensa sería la distribución espacial de las “ruinas forestales”.

Sin embargo, las interpretaciones cartográficas estándar retratan estos bosques como entornos imperturbables, clasificando toda la zona como una masa intacta de “bosques antiguos” o de “altos bosques”, términos utilizados para designar bosques que tienen un carácter primario y que no han sido modificados por la acción humana ni en un pasado reciente ni tampoco remoto. Esta “ceguera óptica” en la cartografía es en gran medida el correlativo espacial de una “miopía epistemológica” que ha condicionado históricamente las formas en que las ciencias modernas han interpretado la naturaleza de la Amazonia. En una amplia gama de campos –etnografía, biología, arqueología, geografía, etc.–, así como en la cultura occidental en general, existe la suposición de que las sociedades indígenas no influyeron en la composición de las especies ni en la diversidad biológica de la Amazonia. Estudios etnobotánicos y arqueológicos recientes están demostrando que nada puede estar más lejos de la verdad. No solo los modos de habitabilidad de los pueblos de la selva dejan una clara marca en el paisaje, como revela la arqueología de los pueblos desaparecidos, sino también desempeñan una función notable en la formación de las asociaciones vegetativas y el contenido de especies del bosque (Balée, 2013).⁵

Los sistemas indígenas de manejo del paisaje en la Amazonia están tradicionalmente formados por varios bolsones de roza y quema, en diferentes etapas de uso y distribuidos dentro del bosque; cada campo suele contener un número impresionante de plantas y cultivos.⁶ Cuando el bosque vuelve a crecer sobre este tapiz de plantas y gradualmente reclama el sitio de aldeas abandonadas, es un bosque diferente el que emerge allí, con especies particulares de árboles y plantas que son sembrados por las actividades de los aldeanos y animales que son atraídos a los antiguos asentamientos. Muchas sociedades nativas de la Amazonia reconocen que las áreas de roza y quema y otras zonas manipuladas funcionan como atrayentes de importantes agentes de dispersión y manejan deliberadamente ciertos tipos de plantas para aumentar su presencia y así aumentar la distribución de semillas y la germinación de especies particulares. La composición resultante del bosque que crece sobre un campo abandonado es similar a un huerto que continúa siendo utilizado, y que a menudo tiene importantes connotaciones simbólicas para los pueblos indígenas, configurando un elemento arquitectónico vivido y poblado dentro de una infraestructura urbana más grande compuesta de pueblos antiguos y nuevos.

.....
5 Mi informe sobre la naturaleza cultura de los bosques de la Amazonia está también basado en una extensa entrevista con el etnobotánico Nigel Smith.

6 El pueblo Kayapó del sudeste de la Amazonia, por ejemplo, puede reconocer al menos doce variedades de banano en un solo claro; el pueblo Tukano del noroeste de la Amazonia tiene nombres para más de 130 tipos de yuca. Los Waimiri Atroari reconocen más del ochenta por ciento de las especies de árboles y vides en áreas densamente boscosas, y entre los Kaapor de la Amazonia oriental este número puede alcanzar el 100 por ciento. Ver W. Miliken *et al.*, 1992.

Puesto que parecen ser tan naturales como los bosques antiguos y contienen tasas similares de biodiversidad, el ojo inexperto apenas puede detectar estas formaciones forestales secundarias en el paisaje. Sin embargo, son el producto de un compromiso social con el medio ambiente a largo plazo o, en palabras del etnobotánico William Balée, son “bosques culturales”, construcciones botánicas antropogénicas forjadas por tipos específicos de interacciones entre dinámicas culturales y naturales que albergan “inscripciones, historias, y memorias en la vegetación misma” (Balée, 2013: 2). Los bosques en barbecho originados a partir de los sistemas de manejo de tierras indígenas “representan una especie de reforestación indígena”, sostiene Balée, “en la medida en que la riqueza de especies de la selva alta está siendo reemplazada por especies equivalentemente ricas de bosques secundarios a través de la mediación cultural”. Por lo tanto, estos sistemas actúan a favor del mejoramiento de la biodiversidad (en lugar de su agotamiento), y es por ello que tendemos a ver estos artefactos humanos como naturaleza prístina ya que en gran medida son “bosques naturales” propiamente dichos.

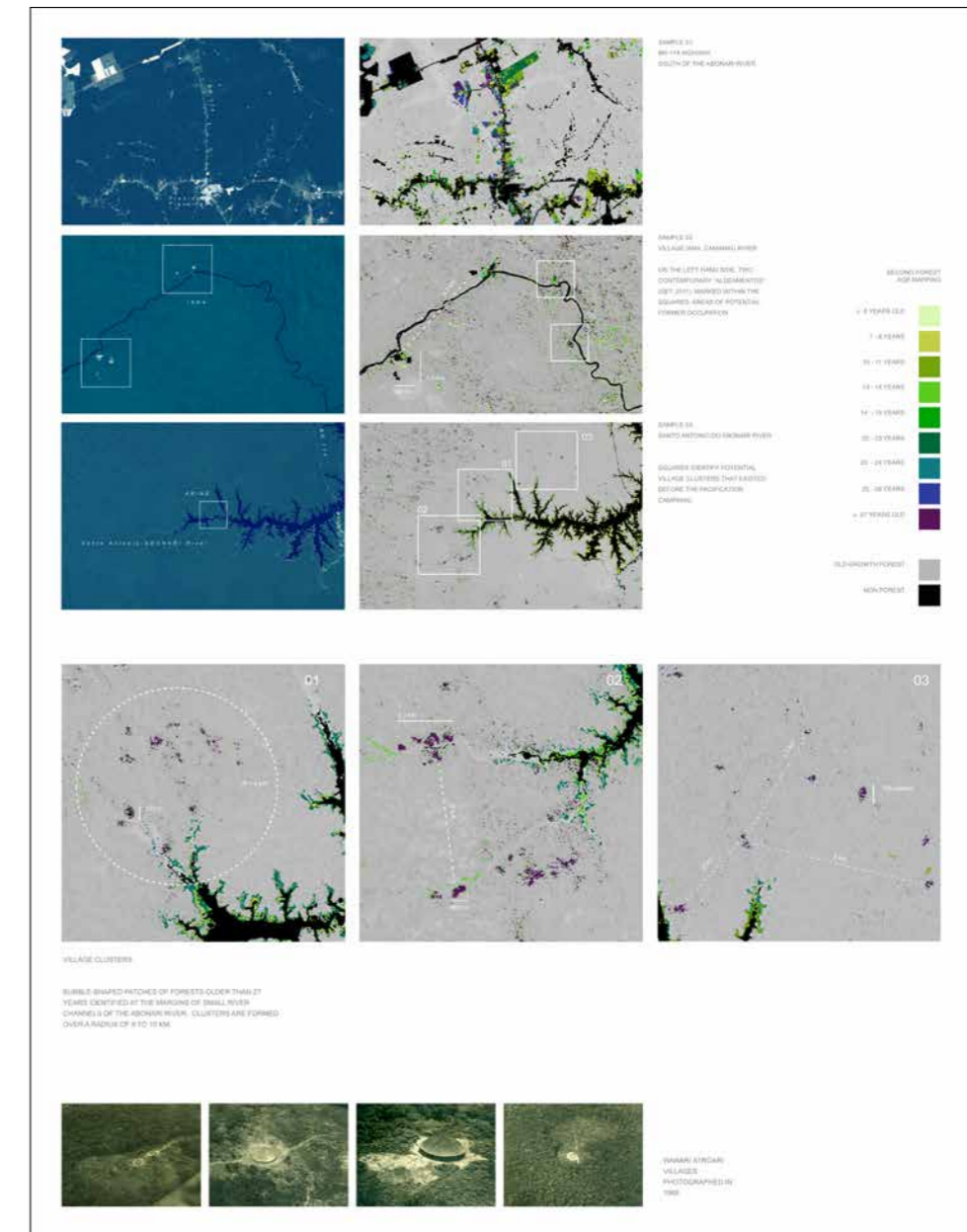
Las cartografías de las ruinas de estos pueblos son la prueba de este proceso socio-histórico de “construcción arquitectónica” del bosque, que fue casi destruido por la política de borrado ideada por la dictadura militar. Además de la naturaleza política de la violencia que se dirigía contra los modos indígenas de habitar, esta arqueología revela que la naturaleza del bosque es en sí misma política, mostrando que la Amazonia es el producto de modificaciones socio-espaciales que son sostenidas y auto-sostenidas por la vida del bosque. El exterminio de estos grupos de pueblos originarios conduce a la destrucción del bosque, ya que la diversidad biológica y social, la naturaleza y la cultura, son estructuralmente interdependientes en la Amazonia.

Imágenes de naturaleza, paisajes de violencia

En un estudio innovador publicado en 1989, Balée estimó que al menos 11,8% de la Amazonia está compuesta por bosques antropogénicos. Esto equivale a imaginar un territorio más grande que Francia, cubierto por un entorno extremadamente biodiversificado creado por sistemas indígenas de manejo de paisajes (Balée, 1989). Desde entonces, nuevos hallazgos arqueológicos están demostrando que esta cifra es probablemente mucho mayor, lo que confirma que el pasado del territorio con más biodiversidad de la Tierra es tan rico en naturaleza como en cultura. En otras palabras, la estructura botánica y la composición biológica de la selva tropical es en gran medida un “patrimonio urbano” de los diseños indígenas.

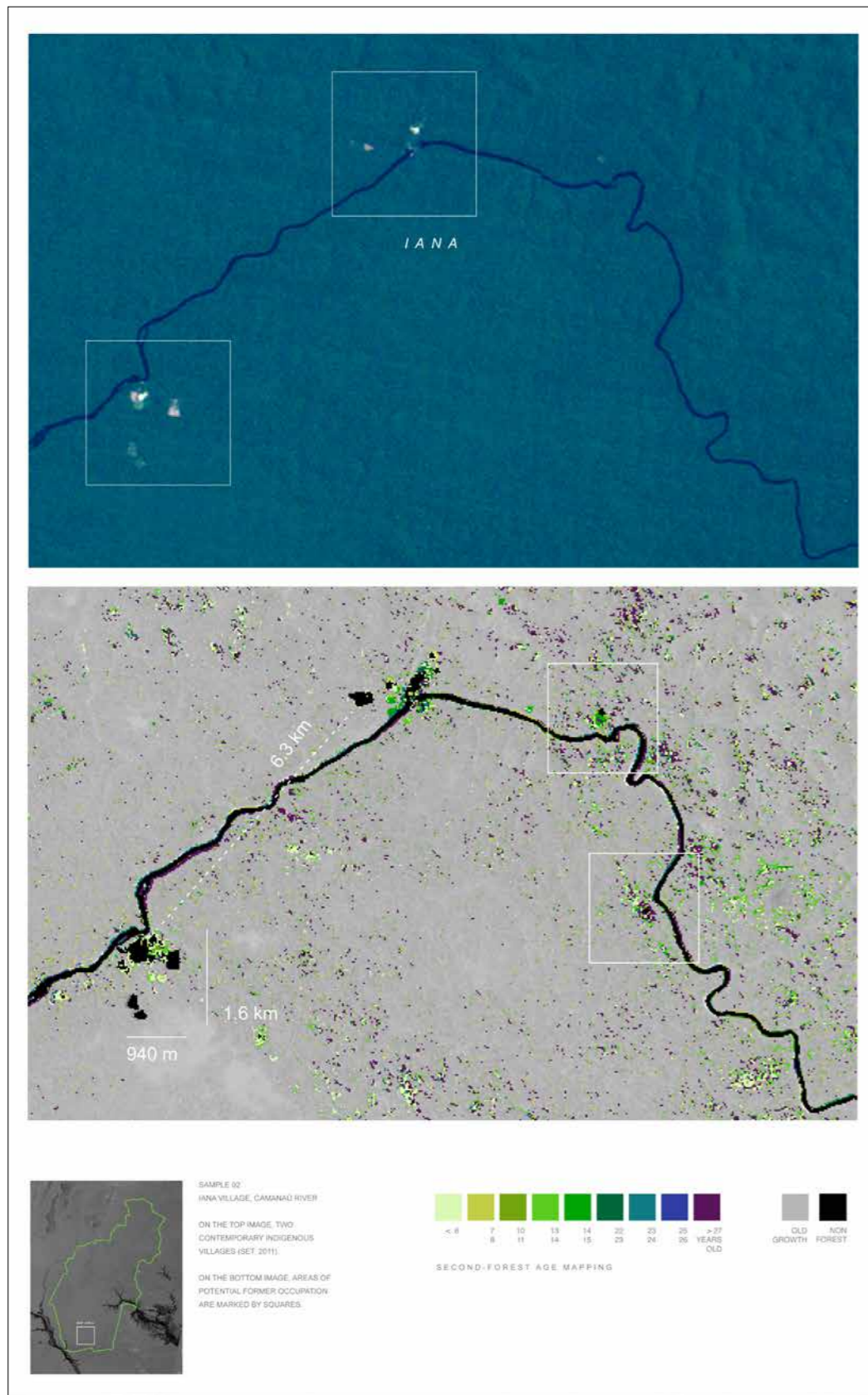
La Amazonia ha figurado como la representación por excelencia de la naturaleza en las construcciones imaginarias y epistémicas de la cultura y las ciencias occidentales. Pero como revela la arqueología del pasado reciente y de larga data de la selva, esta imagen de la naturaleza es en realidad producto de la violencia colonial. En lugar de falta de pruebas, la presunta ausencia de evidencia arquitectónica en el paisaje forestal indicaba limitaciones en las formas en que el conocimiento moderno ha interpretado los paisajes humanizados de la Amazonia. La fabricación

de esta epistemología estaba íntimamente ligada a los imaginarios coloniales que funcionaban como uno de los instrumentos más poderosos y duraderos en el proceso histórico de exterminio de los pueblos indígenas.

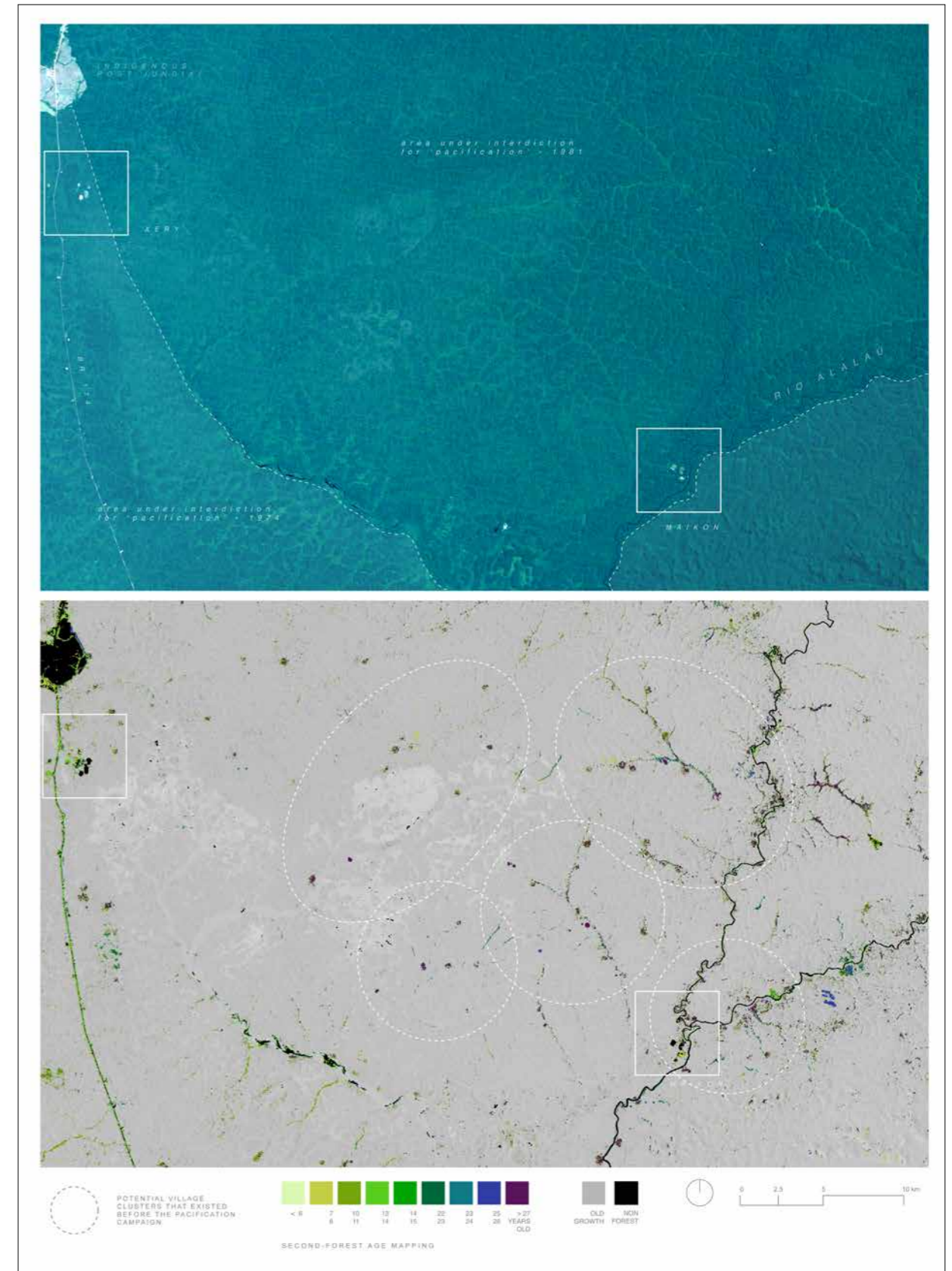


Marcas del paisaje. Marcas de formaciones forestales secundarias que indican antiguos sitios de pueblos indígenas que comenzaron a crecer en los años setenta, cuando la violencia era más intensa en el territorio de Waimiri Atroari

Las ruinas de los bosques demuestran que la violencia ha sido un factor determinante en la configuración de las representaciones y los alrededores de la Amazonia, al mismo tiempo que hacen visibles cómo las nociones dominantes



Arqueología forestal. Mapeo de la edad de la selva secundaria aplicado en la región del río Alaláu en el centro del territorio Waimiri Atoari, mostrando la huella dejada por los pueblos indígenas contemporáneos y posibles satélites de asentamientos que indican la ocupación anterior



Bosque construido. Mapa de agrupaciones de aldeas Waimiri Atoari que existían antes de la violencia en el río alto Alaláu

de la sociedad y la naturaleza sirvieron para comunicar y legitimar tal violencia. A medida que investigamos y aprendemos las historias de estas ruinas vivientes, se comienzan a dibujar modos alternativos de concebir y organizar las relaciones entre poblaciones y medioambientes, describiendo tecnologías espaciales capaces de “producir naturaleza”. Estos diseños que mejoran la biodiversidad están bien vivos en la memoria y en las prácticas cotidianas de los pueblos del bosque. La protección de sus derechos sobre la tierra también significa el diseño de un sistema ecológico planetario más resistente frente a las ruinas del cambio climático antropogénico.

La descolonización de la ciudad

Observar la arquitectura de los modos indígenas de ocupación en la Amazonia requiere un cambio radical de perspectiva y un ejercicio de descolonización de la mirada. En lugar de ver la ausencia de la ciudad, es el concepto mismo de la ciudad que debe ser ampliado y transformado. La distribución espacial de árboles y especies vegetales, la geometría del follaje, el mosaico de patrones de las formaciones forestales, las ligeras variaciones en el relieve y la topografía, las diferencias en la composición del suelo, etc., son índices de formas específicas de conjuntos sociales, “registros arquitecturales” que son el producto de complejas interacciones entre las acciones humanas, las fuerzas ambientales y la agencia de otras entidades no humanas, ellos mismos coparticipantes en el “diseño del bosque”.

Así como los arquitectos leen la ciudad como un palimpsesto histórico producido por fuerzas sociales que se codifican en forma material –capas sobre capas de ruinas que constituyen un tejido vivo de relaciones sociales– la Amazonia debe ser interpretada a través de la sintaxis del diseño urbano o bien el concepto de lo urbano debe ser elaborado de nuevo para incorporar esta naturaleza construida presente en el bosque. La relación entre la figura y el terreno es subvertida, en la medida en que lo que se define como el entorno, la antítesis o el exterior del espacio cívico se incorpora como parte constitutiva de una “polis expandida” dentro de la cual los seres humanos y los no-humanos cohabitan en un espacio político común. En ese proceso, se hace visible todo un nuevo concepto de lo urbano, cuyos contornos abarcan una arena política de especies múltiples, y que inicialmente podemos encontrar difícil de reconocer porque durante demasiado tiempo nuestra perspectiva se ha limitado a los recintos epistémicos de la ciudad occidental.

El “otro” radical que presenta el bosque no es un paisaje completamente natural, la negación absoluta o la antítesis del entorno urbano culturalmente saturado. Es una forma de arquitectura completamente diferente, que desafía los fundamentos coloniales de las categorías hegemónicas de conocimiento al demostrar las estructuras de poder que sostienen y la violencia que infligen.

Bibliografía

- Balée, William L. (1989). “The Culture of Amazonian Forests”. En: *Advances in Economic Botany*, vol. 7, 1989, pp. 1-21.
- Balée, William L. (2013). *Cultural Forests of the Amazon: A Historical Ecology of People and Their Landscapes*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press.
- Balza, Guilherme (2012). *Comissão da Verdade apura mortes de índios que podem quintuplicar vítimas da ditadura*. Disponible en: <https://noticias.uol.com.br/politica/ultimas-noticias/2012/11/12/comissao-da-verdade-apura-mortes-de-indios-que-podem-quintuplicar-vitimas-da-ditadura.htm> Fecha de la última consulta: agosto 2017.
- Clastres, Pierre (1987). *Society Against The State: Essays in Political Anthropology*. New York: Zone Books.
- Clastres, Pierre (2010). *Archeology of Violence*. Los Angeles: Semiotext(e).
- Comissão Nacional da Verdade (2014), *Final Report, Volume II: Thematic Texts*. December 2014.
- Costa, Lúcio (1957). *Memorial do Plano Piloto de Brasília*. (El documento original está en el archivo DF Archive, Brasília).
- Miliken, William et al. (1992), *Ethnobotany of the Waimiri Atroari Indians of Brazil*. Chicago: University of Chicago Press.
- Silva, Golbery do Couto e (1967). *Geopolítica do Brasil*. Rio de Janeiro: Livraria J. Olympio.